

Presentación Editorial

Editorial

Tiempo de pandemia: dar sentido al sinsentido

En estos días, voltear la mirada hacia el sujeto resulta de vital importancia, dado que en un mundo apresurado de prácticas cotidianas comunes que nos consumen e invisibilizan a la persona, resulta sumamente necesario, ya que de ellos o el nosotros depende n las transformaciones y la búsqueda de sociedades más armónicas y comprometidas con el otro.

Como dice Alan Touraine (1997/2001), hay que volver la mirada de la sociedad al sujeto, con aquellas miradas que permitan visualizar su consciencia. El sujeto todo el tiempo hace necesario ser visto, pero, no obstante, es necesario que el mundo lo vea, que tome consciencia de cómo es que se miran los propios sujetos en sus propias prácticas, en sus necesidades mediatas e inmediatas.

En momentos coyunturales, como la situación de cuarentena que vivimos en estos días, hacemos consciencia de nuestras fortalezas, debilidades y, quizá miramos potencialidades, pero no nos ocupamos de hacer un ejercicio retrospectivo y prospectivo respecto a nuestras prácticas profesionales y el papel particular que juega la educación, la comunicación, los proyectos y procesos sociales, las prácticas y procesos formativos tanto desde el ámbito formal como desde el no-formal e informal.

Foucault señala (2016) que las historias se cuentan desde los procesos sociales, pero se deja de lado la constitución del sujeto histórico; de ahí la importancia de considerar el “sí mismo”, como una posibilidad de mirar desde la subjetividad, cuáles son esas cuestiones latentes que orientan o receptionan las prácticas; lo que implica mirar al sujeto como un ser que habla, que vive, que trabaja, que sueña, construye y porque no, destruye, lo que lleva a buscar cómo es que el sujeto crea conocimiento con relación al sí mismo.

Por lo anterior, hoy como nunca cobra gran importancia escuchar a los otros, saber qué sienten, qué piensan, cómo viven el enclaustramiento y la distancia, que ha sido denominada como “sana”, en tanto mantiene a las personas lejos de los fluidos corporales que pudieran transportar virus malignos; pero que en el fondo resultará dañina emocionalmente, pues aleja del calor que emana del abrazo de una palabra cercana y del contacto corporal.

¿Qué sentido tiene vivir si estamos lejos?, parecieran decir los amantes, y paradójica la pregunta de Touraine: ¿podremos vivir juntos?

Hay quienes dicen que la actual circunstancia terminará pronto, pero también hay voces desde el ámbito científico, advirtiend o que pasarán, al menos, tres años para que el contagio viral ceda.

Justo bajo situaciones, como las que actualmente enfrentamos como humanidad, es que nos percatamos de la importancia que nuestra subjetividad tiene y la valoramos, tal vez no en toda su plenitud, pero al menos reconocemos su necesaria valoración.

Muchos de los videos que en estos días hemos observado muestran a las personas en balcones, terrazas, azoteas o desde las ventanas de sus departamentos y casas. Son las fronteras permitidas entre el espacio del claustro, del resguardo, de la protección y seguridad que debiera dar el confinamiento y el espacio abierto: la calle, las plazas, las playas, los parques; ese mundo que de pronto se convirtió en una esfera infecta, peligrosa y mortal de la que debemos mantenernos lejos.

Lo que veamos hacia afuera estará permeado por nuestras subjetividades, por las vivencias y experiencias previas, por el antes y el después de esta pandemia.

Somos capaces de predecir que ya nada volverá a ser lo que fue y queremos imaginar que una nueva forma de vida nos espera, que podremos construir un nuevo orden en este mundo que se nos estaba escapando de las manos, donde percibíamos ya un cierto caos. Y como diría Julio Cortázar, tendremos un nuevo modelo para armar.

En esas percepciones y reflexiones se ponen en juego cuestiones ético-políticas, en las que la libertad, la igualdad y la democracia, como diría Sánchez Vázquez (2007), se vuelven sumamente necesarias, pues no puede haber una verdadera libertad en condiciones de desigualdad e injusticia social, como tampoco puede haber justicia social cuando se niega la libertad y la democracia. En estos casos, la responsabilidad y el compromiso social son esenciales en esa reconvencción para la inclusión en todas las prácticas del ejercicio social.

Desde este marco de reflexión es que presentamos los ocho trabajos que integran este volumen, los cuales podemos ubicar en dos ejes temáticos, que no necesariamente responden a un orden en su presentación, sino más bien, en el sentido de coincidencias temáticas. El primer eje corresponde a la ética y la justicia social, donde encontramos los artículos de Enid Carrillo y Julián Escobar, sobre “Percepciones de las transformaciones territoriales: un estudio comparativo entre la Comuna 13 en Medellín y Barrio El Carmel en Barcelona”, y el de “Campañas contra la violencia de género: los

medios en la construcción del imaginario social en jóvenes de educación media superior” de la autoría de Azul K. Castelli, quienes a partir de las reflexiones con determinados sujetos de investigación, analizan las intervenciones de las instituciones gubernamentales y en los procesos de transformación de sus entornos: el espacio social de convivencia y la perspectiva de género en la promoción y difusión de la disminución de la violencia contra las mujeres, respectivamente, donde es posible identificar la manera como los sujetos viven, perciben y objetivan desde el sí mismo esos mensajes y prácticas.

En este mismo eje temático, ubicamos los ensayos de Douglas Izarra y Cecilia Navia, “Ética profesional en la universidad: Dilemas y tensiones en la formación de un sujeto ético-político”, y el de Javier Sánchez-Lazcano, Roberto W. Zapata y Martha Gaona, “La fase escrita de la etapa intermedia en el proceso penal acusatorio”, así como la reseña que nos ofrece Gabriela Croda, que denomina: “Referente para la articulación de la docencia y la investigación sobre la ética profesional y la responsabilidad social universitaria”, los cuales constituyen espacios que aportan reflexiones sobre el papel de la ética y la justicia en sus dimensiones profesional, jurídica, social y de inclusión educativa, tan necesarios en nuestros días.

El último eje temático corresponde a los procesos de formación en el campo de la educación formal, en éste ubicamos el artículo de Jacinta Hernández Pérez, quien se ocupa de analizar los aspectos que intervienen en la formación de estudiantes de posgrado en dos contextos diferenciados, pero que comparten prácticas y necesidades para el enriquecimiento de la formación para la investigación, de manera particular en el ámbito de las maestrías en educación.

Por otro lado, en dos reportes de investigaciones en proceso, se reflexiona, en uno, sobre el papel de la orientación educativa en secundaria, como un elemento de mediación, y en el otro, la posibilidad de la escolarización en casa. Ambos trabajos constituyen referentes para poder mirar a la escuela desde otras perspectivas. Por un lado, la situación de contingencia que vivimos en la actualidad ha llevado a algunos de los sistemas educativos a improvisar formas de atención educativa desde casa, lo que nos ha llevado, en algunos casos, a reconocer que como sociedad educadora, no estamos preparados para dar respuestas efectivas para la educación formal desde casa, por lo que a partir de esta aproximación podríamos volver la mirada a esta opción educativa como una veta en el desarrollo de propuestas que permitan desarrollar modelos o estructuras educativas, desde y con lo ya construido, para la formación y aplicación educativa en tres ámbitos: familiar, docente e institucional.

Finalmente, y desde el otro reporte, vemos que la tutoría y orientación educativa, desde hace varios años, han conformado una estrategia de acompañamiento para los estudiantes, desde los niveles básicos hasta los de posgrado; las mediaciones que desde ellos se generan, aportan procesos de acompañamiento no sólo en el ámbito académico, sino en el emocional y social, por lo que el reporte de investigación que nos comparte Ana Karen González ofrece un buen pretexto para la reflexión.

No me resta más que agradecer a todos y cada una de las personas que hicieron posible este volumen del Boletín Científico Edáhi, pues gracias a ellos, y aun en la distancia, caminamos y construimos muy de cerca los materiales, que si bien no fueron conformados desde este contexto, sí apuntan reflexiones sobre nuestras formas de ser y hacer las prácticas en las ciencias sociales y las humanidades, que en este caso particular, ponen especial énfasis en construir desde la mirada de los individuos, del sujeto o la persona. Valga también este reconocimiento para todos y todos los árbitros externos, que con mirada crítica, propositiva y respetuosa ayudaron a mantener la búsqueda en la calidad de nuestra producción.

Amelia Molina García,

Junio, 2020.

Referencias

Foucault, Michel (2016). El origen de la Hermenéutica de sí. Conferencias de Dartmouth, 1980. México: Siglo XXI.

Sánchez Vázquez, Adolfo (2007). Ética y política.

Touraine, Alan (1997/2001). ¿Podremos vivir juntos? México: Fondo de Cultura Económica.